

EREBEA

Revista de Humanidades

y Ciencias Sociales

Núm. 3 (2013), pp. 135-169

ISSN: 0214-0691

COLÓN EN ESTADOS UNIDOS

Carme Manuel

Universitat de València

RESUMEN

El misterio que siempre ha envuelto a la figura de Cristóbal Colón y los prejuicios con que se le ha tratado hacen de él un tema inagotable para la literatura de cualquier época. Ahora bien, sorprende que quien nunca puso el pie en Estados Unidos y representó una cultura cuyos valores difieren llamativamente de los inmersos en el *American Way of Life*, se convirtiera en un personaje de cariz mítico dentro de la cultura norteamericana casi desde los inicios de la nación. La trayectoria del Descubridor en Estados Unidos como héroe y como símbolo está revestida de una importancia extraordinaria. La identificación que los norteamericanos han mostrado con su figura ha sido siempre un espléndido acto de apropiación y manipulación.

ABSTRACT

The mystery that has always surrounded the figure of Columbus and the prejudices with which he has been treated transform him into a never ending source of literary inspiration for any period of history. Yet, it is surprising that a man who never set foot in the United States and who represented a culture with dramatically different values from those embedded in the American Way of Life could become a mythical character within American culture since the origins of the nation. The image of Columbus in the United States, as a hero and symbol, is significant. Americans have showed that their identification with Columbus is a splendid exercise of imaginative and political appropriation and manipulation.

PALABRAS CLAVE

Colón, Estados Unidos, historia, literatura, símbolo

KEYWORDS

Columbus, Unites States, history, literature, symbol

Fecha de recepción: 13 de julio de 2013

Fecha de aceptación: 31 de julio de 2013

La reputación de Colón a lo largo de los siglos ha sido muy irregular. Durante el siglo XVI casi parece no haber existido, puesto que su figura es eclipsada por Américo Vespucio y las conquistas de exploradores como Cortés y Pizarro; marineros como Vasco de Gama y Magallanes, cuya circunnavegación confirmó la redondez del mundo y la equivocación de Colón al creer que había llegado a Asia. Por otra parte, su fama también se vio gravemente afectada por sus fracasos como gobernador colonial. De ahí que muchos libros de historia en las primeras décadas del XVI apenas lo mencionen o lo ignoren por completo. En 1552, sin embargo, en la historia de Francisco López de Gómara (*Historia General de las Indias y Nuevo Mundo*) sobre Cortés y Pizarro, Colón resurge de sus cenizas, no tanto como personaje histórico cuanto mito y símbolo. El Almirante pasa a convertirse en el explorador y descubridor por antonomasia, en el hombre visionario de gran audacia, en el héroe enfrentado a los mayores obstáculos y más adversas circunstancias en su empeño por cambiar el curso de la historia.

Según John Noble Wilford, nadie se mostró más receptivo a esta imagen de Colón que las colonias británicas de Norteamérica desde finales del siglo XVII.¹ No hay indicios históricos de que en 1692 se realizase ninguna celebración por el descubrimiento, pero, cinco años después, en 1697, Samuel Sewall, en *Some Lines Towards a Description of the New Heaven as It Makes to Those Who Stand Upon the New Earth* (Boston, 1727), deja claro que estos colonos empezaban a sentirse diferentes de los ingleses y a imaginarse “americanos”. Sewall parece ser uno de los primeros americanos que pensaba que su tierra debía llamarse con el nombre de Colón y lo transforma en pieza esencial de su propio juego. Como explican Delno C. West y August Kling, el libro de Sewall era una defensa de las colonias, que al mismo tiempo estaban siendo descritas por los teólogos de Oxford y Cambridge como las regiones infernales de las que hablaba la Biblia. A pesar de esta referencia de Sewall, la verdad es que para los colonos norteamericanos el Descubridor era prácticamente un desconocido y no le otorgaron ninguna primacía dentro de la construcción de su propia historia.²

1 John Noble Wilford, *The Mysterious History of Columbus: An Exploration of the Man, the Myth, the Legacy*. New York: Alfred A. Knopf, 1991, p. 249.

2 Delno West y August Kling, “Columbus and Columbia: A Brief Survey of the Early Creation of the Columbus Symbol in American History”, *Studies in Popular Culture*, vol. 12, nº 2 (1989), 45.

La crónica de Pedro Mártir de Anglería del Nuevo Mundo (*Décadas del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1511) se había publicado en inglés en 1555, y en 1732 se publicó por primera vez traducida al inglés la biografía de Hernando Colón sobre su padre. Y es en este siglo XVIII cuando a Colón se le empieza a asociar más estrechamente con Norteamérica, puesto que desde mediados de la centuria estos colonos piensan con más firmeza en sí mismos como verdaderos “americanos” y se identifican cada vez menos con la madre patria. América aparece ahora como el “paraíso en una nueva tierra”, según West y Kling, y se convierte a su Descubridor en símbolo que amalgama las ambiciones independentistas de las trece colonias.³ Colón es metamorfoseado así en un icono nacional y es transformado en Columbia, una figura femenina relacionada con la libertad y la unidad norteamericanas, símbolo de la nueva creada república, que contrarresta el de Britannia. Marina Warner y otros estudiosos han analizado la conversión de la diosa griega de la libertad y su transformación en Columbia. Estos estudios muestran la estrecha relación de esa transmutación con la Revolución francesa y la iconografía europea que buscaba una madre casta (el ideal de la maternidad republicana, un emblema abstracto de cultura cívica que representaba la paz, la libertad, las artes y las ciencias, además de la abundancia) para manifestar los ideales de la República. Warner, en *Monument and Maidens*, señala que la estatua de la Libertad, por ejemplo, es una versión de la alegoría de Columbia, y que “anuncia continuamente un futuro que está siempre en proceso de sucederse”.⁴

Pero será después de la Revolución americana cuando se dé completamente este cambio hacia la secularización y la feminización. Columbia pasa a representar la fuerza unida de los trece estados, y volverá a aparecer con igual fuerza y como símbolo de la unidad nacional tras la guerra civil. Dentro de este ambiente independentista, será sorprendentemente una mujer, esclava y negra, la primera en utilizar por escrito en 1775 el nombre de Columbia, como nombre poético de los Estados Unidos de América, en un intento por representar líricamente las aspiraciones políticas de los colonos norteamericanos. Se trata de Phillis Wheatley (1753?-1784), primer autor negro, autora negra, en este caso, que publicó un libro (*Poems on Various Subjects, Religious and Moral by Phillis Wheatley, Negro Servant to Mr. John Wheatley, of Boston, in New England*, 1773), y para muchos estudiosos, el primer escritor o escritora norteamericano célebre a nivel internacional. Wheatley, en el momento en que los colonos se alzaron contra el dominio inglés, defendió la causa independentista en sus poemas. En octubre de 1775, desde Rhode Island donde la familia Wheatley se había trasladado porque los ingleses habían ocupado Boston, escribió una carta al general de los ejércitos

3 West y Kling, “Columbus and Columbia”, p. 46.

4 Marina Warner, *Monuments and Maidens: The Allegory of the Female Form*. Berkeley: University of California Press, 2000, p. 14.

revolucionarios George Washington, en la que adjuntaba un poema en el que le testimoniaba su admiración. Washington le contestó y la invitó a hacerle una visita a Cambridge, donde se encontraban acuarteladas las tropas. El poema se titula “To His Excellency General Washington” (A su excelencia, el general Washington”) y reza así:

¡Coro celestial! Entronizadas en reinos de luz,
escenas de los afanes gloriosos de Columbia describo.
Mientras la causa de la libertad inquieta al corazón ansioso,
corre temerosa hacia brazos refulgentes.
¡Mirad cómo la madre tierra lamenta el destino de los hijos,
y las naciones contemplan paisajes antes desconocidos!
¡Mirad sus brillantes rayos de luz celestial
envueltos en tristeza y manto de noche!
La diosa en lo alto, de movimientos gráciles y divinos,
olivo y laurel le atan los dorados cabellos.
Allá donde brilla esta criatura de los cielos,
surgen innumerables encantos y nuevos dones.
¡Musa! Sé me favorable mientras la pluma relata
cómo atraviesan sus ejércitos un millar de puertas,
cómo Eolo el bello rostro del cielo deforma,
envuelto en tempestad y noche de truenos;
el océano atemorizado oye el salvaje estruendo,
el fluir de las olas golpea ecos en la playa;
numerosas como las hojas del reino dorado del otoño;
éstas y otras acciones mueve el séquito de la guerrera.
Con impresionante despliegue buscan los afanes de la guerra,
donde desplegada la bandera ondea en el aire.
¿Recitaré elogios a Washington?
Suficiente con que los conozcáis en el campo de batalla.
A Vos, primero en paz y honores, os suplico
la gracia y la gloria de vuestro ejército.
Ilustre por vuestro valor, más aún por vuestras virtudes,
¡escuchad como todos os imploran protección!
Casi acabando el siglo el curso destinado,
el poder galo se enfrentó a la furia de Columbia.
Y vos también a cualquiera que se atreva a deshonar
la tierra de la raza, protegida del cielo, que defiende la libertad!
Clavados están los ojos de las naciones en la balanza,
pues el brazo de Columbia decide sus esperanzas.
Luego Britania inclina la cabeza pensativa,

mientras alrededor se amontonan los muertos.
 ¡Ay! ¡Qué ceguera más cruel ante el estado de Columbia!
 Demasiado tarde lamentarás la sed ilimitada de poder.
 Proceded, gran caudillo, la virtud al lado,
 que la diosa guíe todos vuestros actos.
 ¡Que la corona, la mansión y el trono que brillan
 de oro imperecedero, sean vuestros, WASHINGTON!

Uno de los objetivos que se marcaron los intelectuales y autores norteamericanos del período revolucionario fue conseguir la independencia de Gran Bretaña también en el terreno literario y cultural. Uno de los grupos más sobresalientes es el compuesto por una serie de poetas y ensayistas de Nueva Inglaterra, conocidos como los Ingenios de Connecticut (o de Hartford, Connecticut Wits), integrado, entre otros, por John Trumbull (1750-1831), Timothy Dwight (1752-1817), Joel Barlow (1754-1812) y David Humphreys (1752-1818). Alumnos de la Universidad de Yale, habían sido educados en la tradición poética inglesa de los autores de la Restauración y de principios del siglo XVIII. Admiradores de John Dryden y Alexander Pope, entre otros, pensaban como ellos que debían esforzarse por desarrollar un estilo poético elegante, preciso en la expresión, decoroso y respetuoso del buen gusto y el refinamiento. Pero, además, consideraban que la poesía les ofrecía la posibilidad de intervenir simbólicamente en el desarrollo histórico nacional.

Timothy Dwight, nieto de Jonathan Edwards y rector de la Universidad de Yale, fue capellán del ejército durante la Revolución, momento en el que compuso la canción patriótica “Columbia, Columbia, álzate hacia la gloria” (“Columbia, Columbia, to Glory Arise”), y también *The Conquest of Canaan* (1785), un poema épico dedicado a George Washington, e inspirado por la conquista bíblica de Josué y que tenía como objetivo inculcar y propagar las ideas calvinistas y los valores federalistas. Se trata de una composición épica, fruto de la insistencia con que, a partir del Tratado de París (1783), las voces postrevolucionarias clamaban por la aparición de una épica norteamericana que cantase las hazañas de la nación. De la misma manera que los puritanos habían reescrito la colonización en términos bíblicos, la poesía heroica de este período podía reinscribir los temas bíblicos adaptándolos a los revolucionarios, en especial al credo republicano.

En las páginas que se han conservado del *Libro de las profecías*, un documento sin completar por Colón y sin traducir al inglés en quinientos años, se puede contemplar la visión del Descubridor y el significado del Nuevo Mundo para él. No el significado geográfico, sino el significado para la historia y la raza humana, el significado del Nuevo Mundo dentro del plan de Dios para la historia de la humanidad. Es dentro de este documento donde se encuentran el origen del simbolismo colombiano que sería explotado por los estadounidenses. No es

coincidencia pues que, Dwight, que nunca leyó el libro, pero que sí que estaba familiarizado con los métodos hermenéuticos de la historia providencial y de la historia construida sobre la base de la tipología bíblica, presentase a Colón en *The Conquest of Canaan* como “un nuevo Moisés”, que “a través de aguas no holladas, un viaje desconocido explora y saluda las orillas de una prometida Nueva Canaán”. (“through trackless seas, an unknown flight explores, and hails a New Canaan’s promised shores”). El poema contiene una de las expresiones más completas de las doctrinas políticas, sociales, económicas y tecnológicas que se conocerían con posterioridad con el nombre de Destino manifiesto. Dwight elige, como era intención de Colón, construir una visión poética de las profecías bíblicas, y proyecta hacia el futuro la caída de Jerusalén, la expansión misionera de la Iglesia, el descubrimiento de América, la colonización de las nuevas tierras para expansión de la religión, la libertad y gloria de los estados de Norteamérica, las bendiciones de la libertad, el progreso científico, económico y tecnológico del Nuevo Mundo, la consecución de la paz del mundo con libertad y dignidad, la evangelización del mundo, el principio del nuevo milenio y, como colofón, el final de los tiempos. No fue el único poeta que empezó a utilizar este tema de la columbiada. Philip Freneau publicó un poema largo titulado *The Pictures of Columbus, the Genoese*.

Si Trumbull y Dwight permanecieron fieles a su ideario político, Joel Barlow cambió con el tiempo: de conservador federalista pasó a jacobino radical, de congregacionalista a deísta. Una de sus composiciones más conocidas es *The Vision of Columbus* (1787) un poema épico, escrito en dísticos heroicos 2.350, que tuvo cuatro ediciones, en el que exalta la futura gloria de Norteamérica. En él un envejecido Colón lamenta el destino que le ha tocado vivir hasta que recibe la visita de un ángel que lo traslada al Nuevo Mundo para que contemple los resultados de su descubrimiento. Allí observa “los frutos de sus tribulaciones y los resultados de sus esfuerzos” (*Fruits of his cares and children of his toil*). Entonces el ángel reconforta a Colón diciéndole:

Que tu feliz alma deje ya de lamentarse
de los peligros encontrados y de las penas en vano sufridas,
de las cortes insidiosas, de las picaduras emponzoñadas de la envidia,
de la pérdida de un imperio y del desprecio de reyes.
Mientras tus pensamientos enardecidos componen brillantes escenas
para espolear la venganza contra aquellos enemigos insultantes,
las generaciones venideras ganan todas las alegrías,
y te pagan tus esfuerzos y te curan el dolor.

Barlow se había inspirado en la historia de William Robertson, *History of America*, que leyó en la biblioteca de Yale a principios de 1779. La intención de

Barlow era escribir un poema épico en el que el pasado de las hasta entonces colonias, diferenciado del de Inglaterra, proporcionara inspiración para completar la lucha por la libertad y ayudara a alcanzar un futuro glorioso en el que los sueños y objetivos de la nación (vida, libertad y consecución de la felicidad) se realizaran. Su ambición literaria se vio colmada en 1807, cuando tras revisar su *The Vision of Columbus*, la publicó como *The Columbiad*, un gran poema épico (ahora son 4.175 deísticos heroicos) sobre América, en cuyo prefacio se explican los objetivos de la composición: promover el amor a la libertad y al republicanismo e intentar hacer del poema un legado patriótico a la nación. No se trata de una recreación poética sobre Colón, sino del reconocimiento del paso de la civilización del Viejo Mundo al Nuevo, es decir, de un panegírico a la gloria naciente de América. Barlow hace que el descubrimiento sea el punto de arranque de la historia de los Estados Unidos, tratando así de crear para la nueva nación una tradición cultural distinta a la de Inglaterra.

El uso del adjetivo *Columbian* se convirtió, pues, en signo común para declarar públicamente la alianza a los esfuerzos culturales del país. Se utilizó en los nombres de 16 periódicos, 18 libros publicados entre (1792-1825), fue el nombre del primer barco norteamericano en dar la vuelta al mundo de 1792 (El *Columbia*). De hecho, durante la guerra de la independencia o Revolución americana, los norteamericanos hicieron de Colón un héroe sólo inferior a George Washington.

La reverencia que la joven república estaba mostrando hacia Colón culminó con las celebraciones que se organizaron en 1792, el trescientos aniversario de la llegada del genovés a Guanahari. Para entonces, el King's College de Nueva York había cambiado el nombre a Columbia, y la capital de la nación que se pensaba se la designó con el de Distrito de Columbia, en un intento quizás de apaciguar a los que exigían que el país pasase a llamarse Columbia. Algunos de los próceres de la ciudad de Nueva York organizaron la Tammany Society or Columbian Order, un nombre inspirado por el benevolente jefe Delaware y, naturalmente, Colón. El nombre, años más tarde, llegaría a representar los ardides de la corrupción política.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué esta obsesión post-revolucionaria con Colón? Tras la Revolución, los Estados Unidos de Norteamérica se encontraron con que se habían quedado sin historia y sin héroes. En *Mystic Chords of Memory*, Michael Kammen explica que “el rechazo del pasado dejó a los norteamericanos de la joven república sin una base firme sobre la que alzar una sentimiento de nación y de identidad nacional”.⁵ Se necesitaba una historia nacional que fuese nueva, un héroe que pudiese dar cuenta de unos orígenes comunes. El atractivo de Colón como símbolo para la nueva república y antiguos súbditos del rey inglés Jorge III

5 Michael Kammen, *Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*. London: Vintage, 1993, p. 65.

se fundamentaba en una serie de razones. En primer lugar, Colón había encontrado la manera para escapar de la tiranía del Viejo Mundo; en segundo, era un individuo solitario que se aventuró a adentrarse en un mar desconocido, de una manera tan heroica como los norteamericanos contemplaban los peligros y las promesas que encerraba su propia frontera. En tercer lugar, se le habían opuesto reyes y (según rezaba en los textos que su hijo —única fuente de información sobre Colón en aquel momento— había escrito) y al final de su vida fue traicionado por la perfidia de la realeza. En cuarto lugar, a pesar de todo ello y como resultado de su capacidad visionaria y de su audacia, existía entonces una tierra libre de la tiranía de la realeza, un vasto continente en el que la historia podía empezar desde cero. De ahí que, en Colón la nueva nación, carente de una historia y una mitología propias, hallara un héroe perteneciente al pasado, un héroe, por lo que parecía, libre de las manchas que las potencias coloniales europeas dejaban tras de sí. Según Wilford, el símbolo de Colón proporcionó rápidamente a los norteamericanos una mitología y un espacio único en la historia, además de magnificar ese lugar que habían empezado a ocupar ellos dentro de esa misma historia.⁶

En 1825, con el descubrimiento y la publicación de nuevos documentos sobre Colón por parte de Martín Fernández de Navarrete, surgen nuevas fuentes sobre las que construir nuevas representaciones del Descubridor. De hecho, estos textos proporcionaron nuevo material para embellecer y reconstituir de formas distintas al Colón icónico a lo largo del siglo XIX. Como había ocurrido a finales del siglo XVIII, ahora Colón pasó también a manifestarse como una figura que reflejaba esa sociedad decimonónica. La cultura de esas primeras décadas de siglo era una cultura que se esforzaba por conseguir un sentido de tradición nacional, por encima de la creciente fragmentación y diferencia. De ahí, que Colón se transformase en el icono perfecto para esos momentos de crisis, un símbolo que se encontraba por encima de las fronteras sociales, políticas y regionales, puesto que proporcionaba una unidad, si bien superficial, pero unidad para una identidad nacional norteamericana. Para los norteamericanos del siglo XIX, Colón pasó a ser la personificación de la fe que aquel siglo tenía en el progreso: el descubridor de nuevas tierras, el explorador intrépido. Hacia la década de 1830, los Estados Unidos se hallaban obsesionados por todo aquello que fuese novedoso. Lo que más importaba no era tanto que existiese un pasado americano, sino que los héroes que lo ocupasen fuesen valientes, aventureros y representasen lo nuevo.

A principios del XIX el autor más popular en el mundo de habla inglesa era Sir Walter Scott, gran escritor de novela histórica. Sus obras hacían posible que los lectores se imaginasen acontecimientos del pasado al describir con detalle el paisaje y el fondo donde éstos sucedían, la vestimenta, las armas, el lenguaje arcaico. Personajes de la historia, generalmente de la clase gobernante, aparecían junto

⁶ Wilford, *The Mysterious History of Columbus*, p. 250.

con personajes de ficción, representando dos mundos, dos ideales, en un drama entre héroes y villanos. Esta técnica, que se podía aplicar a la biografía histórica relatando únicamente episodios documentados, omitiendo los diálogos y con un narrador que representase el punto de vista anónimo de la gente común, como una especie de coro, fue utilizado por primera vez por Washington Irving en su *History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828). Irving relata los acontecimientos de la vida del héroe para lectores que, aunque carentes de información histórica, pudiesen imaginarse el pasado basándose en su experiencia de lectores de Shakespeare y Sir Walter Scott, como un conflicto entre héroes y villanos.

Irving se enfrentaba a la dificultad de crear una identidad literaria para un país que no tenía una herencia cultural distintiva. Durante una visita a España en 1825, el entonces embajador, Alexander Everett, le invitó a traducir al inglés los documentos que sobre Colón había descubierto Martín Fernández de Navarrete (*Colección de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*). Parece ser que, después de la guerra de 1812, Everett quería que el texto de Irving situase a España como antecesora emblemática de los Estados Unidos, para contrarrestar la dependencia cultural anglófila de la joven república. Irving utilizó los nuevos documentos para crear un héroe a la manera romántica de la época. Su *History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* (*Vida del Almirante Don Cristóbal Colón* —cuatro volúmenes publicados en Londres por Murray en febrero de 1828, la edición de Nueva York tendría dos)— fue increíblemente popular y, a finales de siglo, se había traducido a doce lenguas y se habían hecho unas 175 impresiones en Europa y América. Fue un número uno en ventas también en Estados Unidos y contribuyó, claro está, a la idealización romántica de la imagen del Descubridor hasta bien entrado el siglo XX.

Irving llevó a cabo una labor tan portentosa de resumen e investigación que historiadores posteriores como William H. Prescott o Samuel Eliot Morison consideraron su texto con respeto. Ahora bien, el escritor pronto se dio cuenta de que no quería limitarse a realizar una mera traducción de los volúmenes y documentos de Fernández de Navarrete. Consciente de las posibilidades literarias y pecuniaras que encerraban, prefirió escribir una narración basada en estos documentos y en la amplia colección de libros y manuscritos que poseía el cónsul americano en España y amigo suyo, Obadiah Rich. En el prólogo dice así:

A poco de mi llegada, apareció la publicación del señor Navarrete. Contenía ésta muchos documentos hasta entonces desconocidos, que ilustraban los descubrimientos del Nuevo Mundo, y hacían grande honra a la aplicación y actividad de su sabio editor. La totalidad, empero, de la obra antes presentaba un tesoro de ricos materiales para la historia, que la historia misma. Y aunque seme-

jantes acopios son inapreciables para el laborioso literato, la vista de papeles inconexos y documentos oficiales suele no agradar a la pluralidad de los lectores, que prefieren siempre narrativas claras y eslabonadas. Esta circunstancia me hizo vacilar en la propuesta empresa; pero era el asunto tan interesante, y para mí tan patriótico, que no me podía determinar a abandonarlo.

Al considerar con mayor detención la materia, percibí que aunque había muchos libros en varias lenguas, relativos a Colón, todos se componían de limitadas e incompletas nociones de su vida y viajes; al paso que abundaban ideas sobre el particular en manuscritos, cartas, diarios y monumentos públicos. Creí que una historia, fielmente compuesta de estos varios materiales, llenaría un vacío en la literatura, y sería para mi ocupación más satisfactoria, y para mi patria obra más útil que la traducción que antes me había propuesto hacer.⁷

Irving, como cualquier hacedor de mitos, escribe historia para ratificar el presente, por lo que presenta a Colón como un héroe cultural apropiado para las necesidades de su país, inspirado y enviado por Dios. Como los Estados Unidos, Colón se había mostrado superior a los reyes, se había enfrentado y vencido a lo desconocido, a un gran desierto (a lo que los norteamericanos protestantes denominaban *wilderness*) y había mostrado una inventiva americana y la nobleza del individuo libre. Como explica William H. Shurr, a la “materia de la Nueva Inglaterra puritana”, Irving añadió “la materia de la España católica”.⁸ De algún modo, lo que hizo fue ampliar el campo de la identidad norteamericana desde la Inglaterra Protestante para que incluyese el mundo español del Caribe. Irving, así, no sólo proporcionó un mito valioso de orígenes, sino que ratificó el lugar providencial de los norteamericanos en la historia. El libro pues intentaba hacer verdad uno de los deseos de la literatura americana del momento: la creación de un héroe americano. Puesto que Irving veía la historia como un medio útil para inspirar el patriotismo de sus lectores.

El escritor tenía más de cuarenta años cuando se publicó el libro, que lo catapultó a la fama. Como sucedería con Walt Whitman algunas décadas más tarde, la utilización que realiza Irving de la figura del Almirante ha de analizarse desde dos vertientes: la personal y la política. En primer lugar, Irving encontró algunas analogías entre su vida y la de Colón como personaje novelístico. De esta manera,

⁷ Washington Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón* (1827. Traducción de José García Villalta y N. Fernández Cuesta). Madrid. Ediciones Itsmo, 1987, p. 3.

⁸ William H. Shurr, “Irving and Whitman: Re-Historicizing the Figure of Columbus in Nineteenth-Century America”, *America Transcendental Quarterly*, vol. 6, nº 4 (Diciembre 1992), p. 237.

tanto él como Whitman utilizan al Descubridor como reflejo, como espejo, en el que vieron reflejados principalmente sus propios sentimientos de abandono profesional y fracaso. De ahí que Colón surja en su obra como la figura a través de la que proyectaron su crisis como escritores en los momentos en que se sintieron menospreciados por el público. En segundo lugar, también les sirvió como vehículo para reflexionar sobre los males políticos de su tiempo.

En el momento de la composición, parece ser que Irving atravesaba un momento difícil entre la bancarrota y la depresión, pues sus inversiones en las minas de plata de Potosí no iban bien, y además se encontraba en un momento de inspiración bajo (las enfermedades pasadas, muerte de su amada, separación de los amigos, el paso de los años, la censura de los críticos). De esta manera, los menos de dos años de escritura del texto aparecen, en su diario, salpicados de comentarios sobre lo difícil que le resulta la redacción y el cansancio que le produce. Consciente de las trampas en que algunos escritores caían debido a su veneración por el personaje que describían, Irving criticó a cualquiera que “para pintar a un grande hombre se vale únicamente de rasgos grandes y heroicos”, puesto que “aunque produzca una bella pintura, no hará un retrato fiel” (508, final en “Observaciones sobre el carácter de Colón”). Sin embargo, curiosamente él procedió a realizar justamente eso, si bien con ciertos matices. El Colón de Irving es una figura de dimensiones heroicas, muy útil para aquellos norteamericanos que estaban probando lo que era el primer experimento democrático de los tiempos modernos. Irving lo presentó a esta joven república como gran explorador, enviado por Dios, símbolo del espíritu aventurero.

Robertson había representado a Colón como parangón intelectual y virtuoso, una mente ilustrada capaz de estar siempre por encima de las circunstancias y de aquellos incapaces de comprender su visión. Barlow había aceptado esta valoración del héroe, pero había subrayado la gran injusticia cometida por la ingratitud de sus contemporáneos. Ahora Irving redondeaba la imagen del genio, cuya grandeza se veía magnificada por sus esfuerzos por superar las debilidades humanas, y cuyos errores, fruto de los prejuicios de la época, también eran dignos de tenerse en cuenta. Así, su obsesión por los honores, riqueza y poder que cree suyos no son avaricia o egoísmo, sino justo reconocimiento de lo que por justicia le correspondía por sus extraordinarios servicios y por sus vigorosos denuestos en pos de la fundación de una colonia. Es, además, hombre sensible, si bien de temperamento y de gran generosidad, carácter que trata de mantener a raya con una fuerte autodisciplina, que en ocasiones se le va de las manos y se manifiesta en amargo llanto. Sin embargo, lo principal de su naturaleza es su profunda y verdadera religiosidad, que lo reconforta delante de los innumerables obstáculos que debe sortear para lograr su propósito, y que lo ayuda a presentarse siempre como personaje de carácter intachable, si bien en ocasiones lo lleva a aceptar creencias erróneas, aunque propias de su tiempo.

Como los personajes de Walter Scott, Colón también es presentado como protagonista de un conflicto entre dos mundos. Irving contrasta los valores heroicos del Descubridor —aceptación de los indígenas y su esperanza de establecer el comercio con ellos— con el código caballeresco de los caballeros andantes castellanos, basado en la valentía y respeto del honor; si bien, también apunta que estas cualidades pueden engendrar avaricia y ambición, crueldad y rapiña. De ahí que Irving subraye la búsqueda que realiza Colón de las fabulosas riquezas de Cathay, siguiendo la tradición de Marco Polo y su intención de respetar la religión y costumbres de la gente que le pueda hacer rico mediante el comercio; mientras que los conquistadores, siguiendo la tradición de cruzados, esperan apoderarse de la riqueza por la fuerza, sin sentir escrúpulos por exterminar a los paganos y se rebelan ante la autoridad de alguien que, como Colón, es extranjero y de baja cuna.

Además de estos contrastes con el mundo externo, Irving describe también el conflicto entre los aspectos prácticos y poéticos existentes en el propio temperamento de Colón. Para ello, recurre a la tradición literaria de Marco Polo y de Don Quijote. Irving señala, por ejemplo, que la manera en que Colón contempla la naturaleza incluye no sólo una profunda observación de los recursos de las tierras que descubre, sino también una sensible apreciación de la belleza del entorno. Pero esta imaginación poética también puede llegar a exageraciones, como por ejemplo cuando el Descubridor asocia el oro de la Española con las minas de Ofir, la desembocadura del Orinoco con la entrada al Paraíso Terrenal, y constantemente recuerda sus planes de una nueva cruzada para recuperar el Santo Sepulcro. Ahora bien,

Era sin duda un visionario, pero visionario de especie extraordinaria y afortunada. El modo con que un vigoroso juicio y una sagacidad aguda refrenaban su imaginación y naturaleza mercurial y ardiente, es la facción más notable de su fisonomía moral. Gobernada así, la fantasía, en vez de ejercitarse en ociosos vuelos, daba ayuda a la razón, y le facilitaba formar conclusiones a que no sólo no llegaban los ánimos comunes, sino que no las percibían aun después de mostrárselas.

[...] Con todo el fervor visionario de su mente, sus sueños más agradables y libres no igualaron la realidad. Murió ignorante de la verdadera grandeza de su descubrimiento. [...] ¿Qué visiones de gloria hubieran encantado su espíritu, si hubiese sabido que había descubierto en efecto un nuevo continente, igual en magnitud al todo del mundo antiguo, y separado por dos inmensos Océanos de toda la tierra conocida hasta entonces por los hombres civilizados! ¿Qué consuelo no hubiera recibido su alma magnánima entre las aflicciones de la edad, los cuidados de la penuria, el abandono de un público veleidoso, y la injusticia de un rey ingrato, si hubiera

podido prever los espléndidos imperios que iban a extenderse sobre el hermoso mundo que había descubierto, y las naciones, lenguas e idiomas que llenarían aquellas tierras de su fama, y que reverenciarían y bendecirían su nombre hasta la posteridad más remota!”⁹

Esto constituye uno de los rasgos más sobresalientes del Colón de Irving, y para Shurr, una de las analogías melancólicas entre la carrera del escritor y la vida de su héroe. “Uno de los temas más siniestros del Colón de Irving aparece siempre que el escritor juzga con cautela la veracidad de otros escritores y la confianza que se puede depositar en el mismo acto de la escritura”, explica Shurr.¹⁰ Cuando, por ejemplo, llega a Cuba durante el primer viaje, está convencido de que se trata de la Cipango, descrita por Marco Polo. Las observaciones que hace Irving son las siguientes:

Es de notar cuán ingeniosamente la fantasía de Colón le engañaba a cada paso, y cómo urdía de varios accidentes una uniforme tela de falsas conclusiones. Contemplando sin descanso el mapa de Toscanelli, refiriéndose a los cálculos de su viaje, y apropiando a su deseo las mal interpretadas palabras de los indios, imaginaba hallarse a los bordes del Cathay, y como a unas cien leguas de la capital del gran Khan. Y deseoso de llegar allá cuanto antes, deteniéndose lo menos posible en los territorios del príncipe inferior, resolvió no esperar la llegada de mensajeros ni comerciantes, sino despachar enviados que buscasen en su misma residencia al vecino monarca. [...]. Podrá hoy causar sonrisa esta embajada a un desnudo caudillo salvaje del interior de Cuba, equivocado por un monarca asiático; pero tal era la singular naturaleza de este viaje, serie continua de dorados sueños, y todas interpretaciones del ilusorio volumen de Marco Polo.¹¹

No sólo Marco Polo, sino también la Biblia lo engaña. La literatura, pues, subvierte la realidad, crea una simulación tan “real” como la misma realidad. De ahí que el Colón de Irving se parezca a otros personajes literarios universales, como Don Quijote, o a otros de la propia producción de Irving, como Ichabod Crane, el protagonista de *La leyenda de Sleepy Hollow*, es decir, a otros visionarios en su obsesión con la literatura. Don Quijote estaba maravillado por las novelas de caballerías e Ichabod por su firme creencia en las verdades del libro de Cot-

9 Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, pp. 512-513. Palabras finales del libro.

10 Shurr, “Irving and Whitman”, p. 238.

11 Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, pp. 102-103.

ton Mather, *History of Witchcraft, a New England Almanac*. Colón, por su parte, por Marco Polo. La obsesión con los *Viajes* del veneciano lo llevan literalmente a presentar sus propias quimeras como descubrimientos de culturas, que lee en función de su herencia cultural y literaria europea.

Ahora bien, Colón también le sirve a Irving para exponer y criticar los males sociales de su propio tiempo. De ahí la ambivalencia del romántico hacia su protagonista. Según John D. Hazlett, es esta ambivalencia la que empapa el tono del libro y la que le lleva a cobrar un inusitado interés.¹² A principios del XIX algunos de los imperios europeos habían desestimado la esclavitud como práctica rentable dentro de sus propios territorios (si bien se mantenía en las plantaciones de las Antillas, hasta 1833 en las colonias inglesas y 1848 en las francesas). En 1814 el abolicionismo pasó a plantearse como cuestión internacional en el Congreso de Viena (la reconstrucción de Europa consiguiente a la derrota de Napoleón) y de una Conferencia celebrada en Londres entre 1816-1817. El gobierno británico logra en Viena y por iniciativa de Castlereagh, que las naciones acuerden y formulen una *Declaración de las potencias sobre el tráfico de negros* (febrero de 1815), a favor de la abolición universal y definitiva del tráfico. Sin embargo, en Estados Unidos, el movimiento sólo empezaría a tomar fuerza en la década de 1830 con William Lloyd Garrison (su periódico *Liberator*, empieza en 1831) y la organización de la American Anti-Slavery Society en Filadelfia en diciembre de 1833.

Nunca se ha reconocido el cariz abolicionista de Irving, pero Shurr señala acertadamente, que el *Colón* de Irving es un “documento importante y quizás efectivo dentro esta rama de la historia social, si bien ignorado. El tema abolicionista aparece pronto en el libro y repetidamente”.¹³ En el segundo viaje, despacha nueve naves a España bajo las órdenes de Antonio Torres, escribe una carta en la que Irving comenta:

Entre las muchas sugerencias saludables y acertadas de esta carta, hay una de muy perniciosa tendencia, escrita bajo los erróneos principios del derecho natural de entonces, y origen de incalculables males y miserias para los hombres. Considerando que mientras más de aquellos caníbales paganos se transfiriesen al suelo católico de España, mayor sería el número de almas encaminadas hacia la salvación, propuso cambiarlos como esclavos por ganado, que podría enviar el comercio a la colonia. [...] Tan extrañas sofisterías engañan a veces a los hombres más rectos y magnánimos. [...]. La conversión de los infieles por medios buenos o malos, por persuasión o

12 John D. Hazlett, “Literary Nationalism and Ambivalence in Washington Irving’s *The Life and Voyages of Christopher Columbus*”, *American Literature*, vol. 55, nº 4 (Diciembre 1983), p. 563.

13 Shurr, “Irving and Whitman”, p. 240.

por violencia, era una de las máximas populares de su tiempo; y al recomendar la esclavitud de los caribes, creía Colón obedecer los dictados de su conciencia, cuando sólo escuchaba las insinuaciones de su interés.¹⁴

Los lamentos de Irving son un motivo recurrente en la obra. Describe con tonos pesimistas la desaparición de la vida paradisíaca de los nativos antillanos por culpa de la esclavitud a la que los someten los españoles de esta manera: “Hallaron un perfecto paraíso; pero que por sus viles pasiones llenaron de horror y desolación”.¹⁵ Y añade:

En su vehemente deseo de producir inmediata ganancia e indemnizar a los soberanos de los gastos que había hecho el real tesoro, envió también más de quinientos prisioneros indios, que sugirió podían venderse como esclavos en Sevilla.

Repugna ver el brillante renombre de Colón manchado con acción tan fea, y la clara gloria de sus empresas oscurecida con violación tan flagrante de los derechos de la humanidad. Las costumbres de aquellos tiempos son su única apología (y pasa a explicar tráfico Portugal, esclavos moros, etc.).¹⁶

Los historiadores y críticos que han atacado la biografía de Irving no han reparado quizás en esta ambivalencia del escritor hacia su personaje. Esta ambivalencia hacia Colón y hacia el imperialismo que fundó las colonias americanas, junto con la actitud de Irving hacia la escritura histórica, hace que cree dos retratos de Colón. Por una parte, se esfuerza en que su Colón cumpla con todos los requisitos necesarios del nacionalismo literario. De ahí las características prácticas, poéticas, nobles, elevadas de un héroe que trasciende las limitaciones de su época y los objetivos más vulgares y prácticos de riqueza y poder (contrariamente a su compañeros). Ahora bien, por otra, Irving proporciona datos suficientes para pintar a un Colón más oscuro y tenebroso. En este subtexto del libro, la civilización europea y el hombre blanco aparecen retratados como una enfermedad contagiosa que corrompe e infecta todo lo que toca, y Colón, como representante excelso de esa misma civilización, se convierte en responsable de la caída del Nuevo Mundo. Bien es verdad que Irving se esfuerza en hacer un retrato detallado de Colón y de su papel en la introducción de la esclavitud indígena, pero al mismo tiempo, intenta compensar su crítica recurriendo al contexto histórico o a la forma en que

14 Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, pp. 199-200.

15 Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, p. 479.

16 Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, p. 261.

él concibe la introducción y explotación de la esclavitud. Según Hazlett, Irving emplea la estrategia de separar a Colón (y a sus compañeros más cercanos, como su hermano) de situaciones y personajes de baja ralea y de sospechosa calaña moral que de otra manera los hubiera hecho parecer unos meros saqueadores sanguinarios. No cabe duda de que Irving utiliza un doble rasero para medir a Colón. En este sentido, declara Hazlett, su biografía de Colón, “frustra constantemente los deseos del propio narrador de inmiscuirse en un pasado romántico”.¹⁷ De esta manera, este retrato de Colón preconiza el que aparecerá a finales del siglo XX, que de Adán americano, de hombre nuevo, pasa a Demonio (Satán) de *Paradise Lost*, el responsable de la caída (y perdición del Nuevo Mundo).

Por otra parte, Irving retrata a los indios (como hará con los moros en *The Chronicle of the Conquest of Granada*) al menos, igual o más nobles que los españoles. De hecho, este enfoque recuerda al relato que hace en *A History of New York*, sobre la desaparición de los indios norteamericanos. Estos ataques velados hacen ver que Irving, lejos de ser un escritor absorto en sus propias fantasías románticas, ataca el uso de la religión, el poder y la ilustración para santificar la conquista y la usurpación del Nuevo Mundo.

Ahora bien, si Irving hubiera desarrollado con más profundidad esta cara oscura de Colón, el retrato no hubiera encajado con lo que se esperaba de alguien que estaba contribuyendo a la búsqueda de unos héroes que poblaran el pasado mítico norteamericano. Sin embargo, la presencia en el texto de tanto sentimiento anticolonial parece sugerir que Irving fue incapaz de reprimir completamente su convencimiento de que había existido una interpretación más oscura de su héroe. Al asumir el papel de hacedor de mitos nacionales, Irving aceptó, claro está, también la mala conciencia nacional. El Colón de Irving es, pues, práctico, científico, empírico, pero sobre todo posee una gran imaginación. Y es esta faceta de visionario la que en última instancia le salva en el texto. Irving utiliza esta imaginación para intentar exonerar a su héroe de buena parte de la responsabilidad moral en la hecatombe americana. Su inocencia, su incapacidad para ver más allá de la fantasía literaria, de los sueños, lo convierten en un personaje en el que se pueden ver las dos visiones de Norteamérica: como sueño y pesadilla. Como los personajes de su *La leyenda de Sleepy Hollow* y *Rip Van Winkle*, personajes a los que se les caracteriza por sus cualidades imaginativas y supersticiosas, el Colón de Irving encaja también con el modelo heroico que aparece en su narrativa, en la que, a pesar de que los pragmáticos triunfan materialmente, son los visionarios, los personajes capaces de contar cuentos y creérselos, en una palabra, los visionarios, como el Jay Gatsby de Francis S. Fitzgerald, los que, si bien fracasan, son los que triunfan en última instancia.

17 Hazlett, “Literary Nationalism and Ambivalence”, p. 574.

Hacia 1842, celebración del 350 aniversario, los norteamericanos empezaron a interpretar de manera diferente el papel de Colón (distinto del de Columbia) en la historia norteamericana, tanto en las artes escritas como plásticas. De 1840 A 1860, Colón empieza a aparecer en enormes murales históricos, y esculturas públicas. Además de ser el descubridor providencial, Colón se convierte ahora en representante por excelencia del expansionismo hacia el Oeste y del futuro imperialismo de finales de siglo. Esta nueva imagen de sus aventuras trasatlánticas se utilizan como justificación para la anexión y conquista norteamericanas del Oeste.

En 1836 el Congreso había encargado a cuatro artistas la decoración de las paredes de la Rotonda del Capitolio. Los artistas podían elegir cualquier tema civil o militar de importancia suficiente como para que fuese tema de un cuadro nacional, de la historia del descubrimiento o colonización de las colonias, o de la separación de las colonias de la madre patria, o también de los momentos anteriores a la adopción de una constitución federal por parte de los Estados Unidos. Dos artistas celebraron el descubrimiento de los europeos: William Powell con *Discovery of the Mississippi River by De Soto, A. D. 1541* (1853), y John Vanderlyn con *Llegada de Colón a la isla de Guanahani, Antillas, 12 de octubre de 1492* (1842-1844). Otros dos la colonización europea: John Chapman con *Baptism of Pocahontas at Jamestown, Virginia, 1613* (1840), y Robert Weir con *Embarcation of the Pilgrims at Delfshaven, Holland, July 22, 1620* (1843). Estas pinturas históricas encierran, claro está, un mensaje político ya que representan una selección cuidada de momentos históricos que definen la historia norteamericana. El mural de Vanderlyn es representativo. El pintor era miembro de la Columbian Order de Nueva York, y ya había contribuido a la iconografía columbiana con anterioridad. En 1805 había pintado a Washington Irving; Joel Barlow le había encargado que ilustrase *The Columbiad*. En el cuadro de Colón, los indios aparecen, pero son subsidiarios, mostrando la jerarquía racial que explica la composición. En el centro de esta composición neoclásica, Colón aparece como el propietario del Nuevo Mundo, ataviado con ropas renacentistas aristócratas, un anacronismo ya que esto es la llegada. Con la espada y el estandarte se dispone a tomar posesión de lo que ha encontrado. Vanderlyn, además, añade un monje franciscano a la composición, cuando parece que en este primer viaje no le acompañó ningún religioso.

La reputación de Colón se aseguró también cuando en 1863 se instalaron las “Puertas de Colón” de bronce en el Capitolio en Washington, cuyos paneles se inspiraron en la historia de Irving. Diseñadas y labradas por Randolph Rogers, son portadoras de muchos símbolos.

En 1838, William H. Prescott, un historiador norteamericano puntero en el período de la conquista, va más allá de Irving en interpretar las proezas de Colón como parte de un conflicto entre dos mundos. Dice de Colón en su *History of the Reigns of Ferdinand and Isabella* (1838) que “al dedo del historiador le resultará

difícil señalar una sola lacra que manche su carácter moral”. Y afirma que este personaje “estaba en perfecta armonía con la grandeza de los planes que se había trazado” y que sus logros son “los más extraordinarios que el cielo haya permitido alcanzar a cualquier otro mortal”.¹⁸ De hecho, los escritores y oradores del siglo XIX otorgaron a Colón todas las virtudes humanas que más se preciaban en aquel momento de expansión geográfica e industrial: arrojo vehemente y una fe incuestionable en el progreso como motor de la historia. De ahí que en estos años Colón retomase sus características masculinas como representante del expansionismo hacia el Oeste y del Destino Manifiesto de la nación.

La imagen de Colón que se construye durante esta época es la del hombre de genio, un héroe solitario romántico, si bien, creyente en el trabajo, la paciencia, pero de origen humilde o casi desconocido, capaz de superar cualquier obstáculo gracias a su fuerza de voluntad. De carácter apacible, pero de gran firmeza, con resignación ante los designios divinos, pero constante en su lucha contra el mundo; solitario pero heroico, confiado en un destino mejor no para sí mismo únicamente, sino también para los demás. Su triste final, desilusionado y abandonado por todos, evoca en el lector la admiración por lo sublime de su carácter y la compasión por su sacrificado aguante de su infortunio. Y esta imagen concuerda perfectamente con la más popular creada en los Estados Unidos sobre el progreso del hombre: la del hombre que de los harapos es capaz de abrazar la riqueza, la de aquél que de la choza perdida en las llanuras del salvaje Oeste se convierte en presidente de la nación.

En 1840 James Fenimore Cooper publica *Mercedes of Castile; or, The Voyage to Cathay*, la única vez en la que el norteamericano se inspiró en la historia española, novela que sería traducida como *Doña de Mercedes de Castilla* o *El viaje a Catay* (con traducción de Pedro A. O’Crowley, en Cádiz en 1841, y que en 1852, editada en Madrid por Mellado, recibió el título de *Cristóbal Colón*). La novela se desarrolla entre 1464 y 1493 y versa sobre el casamiento de los Reyes Católicos, la toma de Granada, el primer viaje de Colón y la segunda salida triunfal del Almirante. En decir, los comienzos épicos de lo que sería un nuevo imperio. En el prefacio, Cooper presenta lo que es su teoría artística sobre la fusión de la historia y de la narrativa en una novela histórica:

Se ha escrito tanto en los últimos años con respecto al descubrimiento de América, que no sería sorprendente que algunos lectores se sintiesen predispuestos a negar la corrección de lo que se manifiesta en esta obra. Algunos volverán hacia la historia, con la intención de probar que nunca existieron las personas que aquí aparecen

¹⁸ Prescott, William H. *History of the Reign of Ferdinand and Isabella*. Vol.II. Cambridge: Fol-som, Wells and Thurston, 1837, p. 164.

como héroe y heroína, y se creerán que por dar por verdaderos estos hechos, podrán destruir la autenticidad del libro completo. En respuestas a estas posibles objeciones, declaramos que, después de leer cuidadosamente a los escritores españoles, desde Cervantes hasta el traductor del diario de Colón, el Alfa y Omega de la literatura peninsular, y que tras haber leído también tanto a Irving como a Prescott de cabo a rabo, no hallamos en ninguno de ellos ni una sola palabra que nos sirva de prueba concluyente, ni tan siquiera prueba, que nieguen las partes más vulnerables a la censura de nuestro libro.¹⁹

La mayor parte de la crítica contra *Mercedes* se basa, paradójicamente, en los muchos detalles minuciosos e históricos del fondo cronológico y en la escasa originalidad dramática con que Cooper maneja las fuentes documentales. La novela se divide en tres partes, en la que poco a poco España va ganando supremacía: En la primera, se explica la unidad política como resultado del consentimiento de Isabel para casarse con Fernando; la conquista de Granada y los requerimientos de Colón para que los reyes avalen su proyecto. Colón es exaltado como un espíritu mítico y visionario sin ser intransigente, y tratado en todo momento con profunda reverencia. Tras este fondo, el héroe Luis de Bobadilla es soberbio e inmaduro; la heroína, Mercedes de Valverde, es romántica e ingenua. Se enamoran los dos pero la reina y Beatriz de Bobadilla, tía de Luis y confidente de Isabel, se oponen a la boda. Luis se alista en la expedición de Colón con la esperanza de ganarse la aprobación de las tres mujeres. La segunda parte, que ocupa la mayor parte del libro, entrelaza las fuentes literarias e históricas sobre el Descubridor. Cooper se mantiene fiel a los documentos: el diario de Colón y los historiadores españoles y norteamericanos del descubrimiento. Al Colón de Cooper lo anima una fe no solamente en sí mismo sino también en la gloria eterna, es decir, en la salvación de la humanidad por los esfuerzos exaltados de la iglesia y de España. Lawrence H. Klibbe piensa que en realidad se asemeja al Cid.²⁰ La admiración de Cooper por Cervantes le lleva a presentar al personaje del marinero, Sancho Mundo, una especie, como su nombre indica, de contrapunto humorístico al Gran Almirante. En la tercera parte, Colón casi desaparece por completo, sus intervenciones son poco frecuentes y sin interés.

En la segunda mitad del siglo XIX y tras la Guerra Civil, parece ser que fue Walt Whitman quien se fijó en la figura de Colón a partir de la reimpresión de

19 James Fenimore Cooper, *Mercedes of Castile; or, The Voyage to Cathay*. New York: W.A. Townsend and Company, 1861. En castellano *Cristóbal Colón*. Madrid: Mellado, 1852.

20 Lawrence H. Klibbe, "La visión de España en la novela de Cooper, *Mercedes of Castile*", Centro Virtual Cervantes. *Actas X AIH* (1989), p. 1323.

la obra completa de Irving por Putnam entre 1849 y 1860. La figura de Colón le inspiró tres importantes poemas: “Passage to India” (1871), “Prayer of Columbus” (1873) y la última composición de su vida, “Thought of Columbus” (1892), puesto que diez días antes de morir, Whitman dio a su amigo y albacea literario Horace Traubel un papel con el poema escrito, que fue publicado póstumamente en 1892. Estos poemas, escritos en las dos últimas décadas de su vida, se caracterizan por el alejamiento que Whitman emprende del paisaje físico de América y por el acercamiento hacia una visión más tradicionalmente religiosa de la providencia.

Como se ha dicho con anterioridad, en primer lugar y como Irving, Whitman también encontró algunas analogías entre su vida y la de Colón como personaje novelístico. Los dos utilizaron a Colón como reflejo, como espejo, en el que vieron evidenciados sus propios sentimientos de abandono profesional y fracaso. Colón fue la figura a través de la que proyectaron su crisis como escritores en los momentos en que se sintieron menospreciados por el público. En segundo lugar, también les sirvió como vehículo para reflexionar sobre los males políticos de su tiempo. La década posterior a la guerra civil es una época de crisis para Whitman en la que se lamenta de la falta de reconocimiento público. Parece ser que el último capítulo del libro de Irving, “Observaciones sobre el carácter de Colón”, se encuentra anotado por múltiples apuntes de Whitman. En un momento en que el poeta se sentía desfallecer, aquejado por la depresión y el sufrimiento físico (había tenido un ataque de parálisis a principios de 1873), el Colón, sometido a toda una serie de conspiraciones, le debió de parecer muy atractivo. Irving lo había retratado como “un visionario”, con

aquella imaginación ardiente y entusiasmada que llenaba de magnificencia todos sus pensamientos. [...] su disposición poética puede discernirse en todos sus escritos y acciones. Extendía un auriífero y glorioso mundo alrededor suyo, y matizaba todos los objetos con sus resplandecientes colores. Le seducía a entrar en especulaciones visionarias de que se mofaban los hombres de ánimo más templado y seguro, pero también más humilde. [...] Exaltaba a sus ojos su destino, y se creía agente enviado a dar cima a una misión sublime y terrible, sujeto a impulsos e intimaciones sobrenaturales de la Deidad.²¹

No cabe duda de que Whitman debe haberse reconocido a sí mismo en estas descripciones. En “Prayer of Columbus” (Plegaria de Colón) (1874), Whitman se centra en Colón al final del tercer viaje, encadenado, esperando un barco que lo devuelva a España, un cautivo desgraciado. Una caracterización que se corresponde a la que hace Irving al final del cuarto viaje. Whitman, el poeta que descubrió Norteamérica para los norteamericanos, en una carta confesó que inconsciente-

²¹ Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, pp. 511-512.

mente le había dado una pincelada autobiográfica al poema.²² El poema intenta reflejar los pensamientos de Colón en el momento en que, como viajero extenuado, anciano en su última expedición, mira más allá de sus maltrechas naves hacia la soledad de la mar oceánica. Sin embargo, como lectores nos podemos imaginar que en realidad se trata del viejo poeta, inválido y maltrecho, en la soledad de su casa de Camden, mientras escribe con mano temblorosa los versos que intentan plasmar una confianza imperturbable en la divinidad. De ahí que los logros terrenales parezcan perder todo significado y sea la inquebrantable fe del viejo en Dios la que evita que el mundo de Whitman no se venga abajo. Así dice en el poema:

¡Estoy demasiado afligido!
 Ojalá pueda vivir otro día
 No logro descansar, Ay, señor, no puedo comer, ni beber, ni dormir,
 hasta que vierta mi plegaria, una vez más hacia Ti. (versos 7-10)
 Para luego profundizar en la persona de Colón:
 Tú conoces las plegarias y vigilia de mi juventud,
 Tú conoces las meditaciones solemnes y visionarias de mi madurez,
 Tú sabes cómo antes de que comenzara te dediqué lo que llegara a Ti.
 (versos 15-17)

Y lo que le pasa a Colón, le puede pasar a él:
 Y estas cosas que veo de repente, ¿qué significan?
 Como si un milagro, alguna mano divina rompiera el sello que me
 [cierra los ojos,
 formas oscuras e inmensas me sonríen a través del aire y los cielos,
 e innumerables naves surcan las olas distantes
 y oigo cómo me saludan himnos en lenguas nuevas. (versos 62-66)

A pesar de esta aparente desilusión con las condiciones materiales de América, Whitman continúa nombrando la posibilidad de *otra* América. Presentándose con

22 Albert Gelpi explica que en el lomo de la edición de 1856 a *Hojas de hierba* no sólo aparecía el nombre por el que Emerson lo había saludado (I greet you at the beginning of a great career), sino que también se adjuntaba el texto íntegro de la carta del sabio como Apéndice y la respuesta entusiasta del poeta que le devolvía el elogio a Emerson llamándole “Master”, “dear Master”, “dear Friend and Master” que había sido pionero del “new Moral American continent”: “These shores you found. I say you have led The States there—have led Me there. I say that none has ever done, or ever can do, a greater deed for The States, than your deed. Others may line out the lines, build cities, work mines, break up farms; it is yours to have been the original true Captain who put to sea, intuitive, positive, rendering the first report, to be told less by any report, and more by the mariners of a thousand bays, in each tack of their arriving and departing, many years after you”. De manera instintiva, Whitman describe a Emerson haciéndole adoptar el papel arquetípico de héroe-explorador, como Colón, quien se convertiría en su propia imagen en “Passage to India”, “Prayer of Columbus” y “A Thought of Columbus”, su último poema (Albert Gelpi, *The Tenth Muse: The Psyche of the American Poet*. 1975. Cambridge, New York: Cambridge University Press, 1991, p. 161).

la imagen de un Colón de un nuevo mundo, continuó imaginándose la posibilidad de un mundo dorado democrático que, como el sueño de la existencia de un paso a la India o de un mundo redondo, podría florecer en la historia futura. El poema representa la respuesta positiva que Colón recibió a finales del XIX: Colón abrió las Américas a la civilización y cultura europeas. La grandiosidad de América fue, para Whitman, un espacio abierto en el que el espíritu individual podía expresarse libremente, por lo que, el Descubridor de ese espacio se convertía en un héroe.

La importancia que estos poemas sobre Colón tienen para Whitman es personal y se relacionan con él y con su sentimiento de ser una figura trágica, un sufriente físico y espiritual, ignorado o menospreciado por sus compatriotas. A Whitman le interesa recoger los sentimientos de crisis espiritual que arrebatan el alma del Descubridor, su profunda sensación de fracaso, al tiempo que cree tenazmente en la justicia divina. Whitman se queja de la desaparición física de su cuerpo, pero lo ideal, el alma o el espíritu resucitarán de entre estas cenizas: “Let the old timbres part, I will not part” (verso 53). Estos paralelismos ayudan a definir el periodo de crisis que Whitman padeció como escritor y profeta de la democracia. Es el Colón sufriente, orgulloso y digno, seguro de sus valores y desafiante ante la maledicencia de la gente de baja ralea. Irving, cuando Bobadilla lo encadena, y propone luego retirarle las cadenas, dice: “Colón se condujo con su magnanimidad característica en aquellos momentos. Hay un cierto desprecio noble, que hincha y sustenta el corazón, y acalla la lengua de los verdaderamente grandes, cuando sufren los insultos de los viles”.²³

Pero, de la misma manera que Irving, Whitman también utiliza a Colón para censurar los males de su época: la corrupción de la postguerra durante la segunda legislatura del presidente Grant, la Reconstrucción. Whitman interpreta a Colón en términos del trauma de la América de postguerra. “The Prayer of Columbus” hace referencia a acontecimientos políticos del momento. Whitman minimiza o subvierte algunos aspectos del progreso nacional, que al mismo tiempo parece querer celebrar como su primer apóstol o misionero. ¿Qué pasaba en 1874? Grant acababa de ser reelegido frente a Horace Greeley, la Reconstrucción había sido un fracaso, el Acta de Apropiación India, aprobada por el Congreso, revocaba unilateralmente todos los tratados anteriores con las tribus indígenas, injusticia que la escritora y amiga de Emily Dickinson, Helen Hunt Jackson criticaría en su *Century of Dishonor* (1881), Mark Twain and Charles Dudley Warner habían escrito *The Gilded Age*, sobre la corrupción en 1873. Whitman ya había anticipado estas críticas en *Democratic Vistas* (1871), una jeremiada contra la corrupción norteamericana. Al final de la “Plegaria” dice:

23 Irving, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, pp. 385.

¿Qué sé yo de la vida? ¿Qué de mí mismo?
Ni siquiera conozco mis propios logros pasados o presentes,
algunas tenues y siempre cambiantes ideas de lo que fue se extienden
[ante mí,
de mundos más nuevos y mejores, su poderoso alumbramiento,
se ríe de mí, sumiéndome en la perplejidad. (versos 56-61)

Whitman imagina a Colón en el lecho de muerte, prisionero de la duda, preguntándose por la trascendencia histórica que podría tener, en un acto de identificación con el descubridor. Burlado y perplejo, esto es la oscura noche del alma para el profeta designado por la divinidad, Whitman, de la misma manera que le había ocurrido a otro mensajero de Cristo, Colón. El artista necesario que curará de estos males aparece en "Passage to India". El Colón de Whitman, pero también el de Irving, es el hombre representativo de Carlyle y Emerson, creador de una era histórica, que hace que las instituciones se conviertan en una sombra alargada de su figura. Tanto Irving como Whitman encontraron en Colón una figura valiosa con la que identificarse en su lucha solitaria contra el mundo y como látigo apropiada para flagelar la corrupción de su país.

A finales del siglo XIX, el proceso de transformación de Colón en mito tomó un nuevo cariz con la llegada de millones de inmigrantes a Estados Unidos en el período posterior a la Guerra Civil. Se le hizo asumir el papel de héroe étnico, ligado a una raza. Como respuesta a la adversidad que despertaban entre los norteamericanos protestantes y para reafirmar su propia norteamericanidad, su identidad como norteamericanos, los inmigrantes irlandeses católicos fundaron en New Haven, Connecticut, una organización llamada los *Knights of Columbus* en 1882. Los documentos de la organización describen a Colón como “un profeta y un vidente, un instrumento de la Divina Providencia, un místico”, modelo para que cada caballero se convirtiera en “mejor católico y mejor ciudadano”. Si después de la Guerra de Independencia y la Guerra Civil, la figura de Colón se había secularizado y feminizado, ahora aparece revestido de su antiguo significado espiritual en la lucha de los católicos norteamericanos por la igualdad. La influencia de esta organización hizo que se promoviese el estudio de Colón dentro de la historia norteamericana, presión para que se erigiese una estatua conmemorativa en Washington y se solicitase la canonización del Descubridor.

Durante la misma época, el conde y escritor francés Antoine Roselly de Lorgues había iniciado una campaña para que la Iglesia católica declarase santo a Colón, teniendo en cuenta que había llevado la fe cristiana a una de las dos mitades del mundo.²⁴ El movimiento contó con respaldo en Italia y en los Estados

24 Proceso de canonización, en Consuelo Varela, *Cristóbal Colón: retrato de un hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, pp. 190-194.

Unidos, pero, a pesar de los ánimos de Pío IX, los solicitantes no consiguieron su objetivo. Nadie cuestionaba que Colón hubiera sido un católico devoto y el primero en cristianizar las nuevas tierras. Los escrúpulos hacia su canonización venían de su relación con Beatriz de Arana, la madre de su hijo Hernando, y la falta de pruebas de que hubiese realizado algún milagro, tal y como pedía la Iglesia.

En 1892 y 1893, Colón, como hombre y como símbolo, fue exaltado en las celebraciones de cuarto centenario en todos los Estados Unidos. Los norteamericanos homenajearon al hombre que había cruzado mares desconocidos, de la misma manera que ellos habían cruzado tierras desconocidas hasta el Pacífico. Antonin Dvorak compuso la sinfonía *El Nuevo Mundo*, una evocación de la grandeza y esperanza del paisaje norteamericano. El presidente Benjamin Harrison declaró: “Colón fue para su época el gran pionero del progreso y la ilustración”. En Nueva York, el héroe católico (el representante de una raza) fue conmemorado con una estatua en lo alto de una columna de mármol italiano emplazada en una esquina de Central Park que fue llamada Columbus Circle. El dinero había sido recaudado de entre los inmigrantes italianos, que se habían unido a los irlandeses en busca de una identidad dentro de la comunidad norteamericana. Se celebraron desfiles, fuegos artificiales desde el puente de Brooklyn, etc.

La celebración más importante de todas fue la *World's Columbian Exposition de Chicago* (Exposición Universal de Chicago), llamada “el jubileo de la humanidad”. Tan extraordinaria y ambiciosa resultó que la apertura se tuvo que aplazar hasta el 1 de mayo de 1893 (y duró hasta octubre). El presidente Grover Cleveland dio a la clavija del nuevo invento, la electricidad, para que las máquinas y las maravillas arquitectónicas de la exposición iluminaran al nuevo gigante mundial: los Estados Unidos. Colón se convertía ahora en símbolo del éxito norteamericano, en la figura histórica que, al descubrir el Nuevo Mundo, había abierto el camino para el futuro de la humanidad. *Columbus and Columbia* fue el volumen que se publicó en conmemoración del evento, e incluía el tema épico ya descrito por Barlow del progreso de la libertad americana, en el texto escrito por el secretario de Estado, James G. Blaine; una biografía del Descubridor de J. W. Buel, un resumen de la historia de los Estados Unidos por John C. Redpath, y una presentación de la exposición por el secretario de la misma, Benjamin Butterworth.

Los Estados Unidos invitaron al resto del mundo a participar en la celebración de cuatro siglos de progreso hacia la libertad y la prosperidad. Enormes edificios de estilo clásico se construyeron a lo largo de casi tres kilómetros de un lago, donde se exhibieron máquinas, productos industriales y piezas artísticas de 59 naciones y 50 estados. Se levantó una réplica del convento de la Rábida y reproducciones de la Pinta, la Niña y la Santa María que regaló el gobierno español, diciendo que eran las auténticas. Consuelo Varela cuenta que el ansia por conocer el auténtico retrato del Descubridor se apoderó a finales del XIX de todos:

Quizá la palma del disparate se la lleve la Exposición Universal de Chicago de 1892, que osó colgar dos cuadros significativos y exhibir alguna que otra pieza singular. En primer lugar, un retrato de Juan Pérez de Marchena [...]. Más disparatado, si cabe, fue otro cuadro, el que figura en el Catálogo en página 6, con el número 9, al parecer de dimensiones descomunales, con el sugestivo título de ‘La escena del huevo’, y que llevaba su leyenda correspondiente para que todos pudieran conocer la simpática historia de Colón convenciendo de sus artes a sus contertulios. Según H. HARRISSE, quien con fina ironía contó en una ocasión cómo fue convidado a esa ‘fiesta de la inteligencia’, nada faltaba en aquella Exposición y hasta el comisario de Alemania, país de gente seria, se atrevió a exponer ‘la verdadera espada de Cristóbal Colón’, que para tal evento había solicitado en préstamo al museo de Salzburgo. Dadas estas pintorescas circunstancias, sólo podemos imaginar a Colón a través de las semblanzas que nos han dejado su hijo Hernando y fray Bartolomé de las Casas.²⁵

Las ceremonias de presentación el 11, 12 y 13 de octubre de 1892 incluyeron un desfile con personajes históricos que recreaban los acontecimientos del descubrimiento y la historia norteamericana, conciertos, discursos (del entonces presidente Benjamin Harrison), fuegos artificiales en los que aparecía la reina Isabel y la bandera norteamericana. Parece ser que unos 25 millones de personas visitaron esta exposición, en un país de 63 millones.

También las voces de disenso se hicieron oír: las mujeres blancas, los afroamericanos y los indios norteamericanos. Luigi Gregori había pintado un cuadro en que Colón enseña unos cuantos indios tainos capturados a los Reyes Católicos; los organizadores llevaron al duque y duquesa de Veragua, los descendientes de Colón, a ver el pabellón de los indios en la parte final y más escondida de la feria. Un indio Potawatomi, Simon Pokagon, consideró que Colón y los que le siguieron no fueron más que intrusos y saqueadores. La exposición significaba una explotación más de los indios. Los organizadores exhibieron a los indios en dos contextos. Frederick Putnam, director del Museo Peabody de Harvard, montó una exposición para el departamento de Etnología. Y otra fue preparada por Thomas Morgan, comisario de Asuntos Indios.

A pesar de estas celebraciones, los historiadores empezaron a buscar al hombre que hasta el momento yacía escondido bajo el mito, desde el volumen de Henry HARRISSE, *Christophe Colomb devant l'Histoire* (1892, París), hasta la biografía escrita en 1891 por Justin Winsor, *Christopher Columbus and How He Received*

25 Varela, *Cristóbal Colón*, pp. 22-23.

and Imparted the Spirit of Discovery. Winsor reconoce la valentía de Colón y el incuestionable significado del descubrimiento, pero no se muerde la lengua a la hora de juzgar su comportamiento y su responsabilidad moral en actos como el robo de la recompensa a Rodrigo de Triana. Winsor escribe:

Ningún otro hombre más que Colón desea que se le juzgue con todos los paliativos exigidos por la diferencia entre su época y la nuestra. Ningún otro hijo de cualquier época hizo menos para mejorar la situación de sus contemporáneos, y menos pocos aún para preparar el camino que llevara a esas mejoras. Lo creó su tiempo, pero también su tiempo lo abandonó. No existe ningún otro ejemplo más llamativo en toda la historia de hombre que haya encontrado el camino y lo haya perdido.

... Lamentó con gran amargura que no se le reconocieran sus esfuerzos. No mostró conmiseración por las desgracias de los demás, excepto por las de aquellos que le acompañaron y participaron en sus propósitos. Halló la manera, digna de ser admirada, de, sin castigo, poder mutilar las narices y segar las orejas de aquellos paganos desnudos. Defendió sus atropellos convenciendo al mundo de que un hombre dispuesto a conquistar las Indias no puede ser juzgado por las afables formas que rigen el gobierno de los países civilizados. Sin embargo, con la posibilidad en sus manos de establecer una autoridad humana entre gentes dispuestas a aceptar lo bueno, buscó desde el principio establecer entre ellos los males heredados de los “países civilizados”. Mucho peroró sobre la conversión de aquellas pobres almas, mientras que al primer vistazo que les echó lo único que se le pasó por la mente fue llevarlas al mercado de esclavos, como si el primer paso para cristianizarlas fuera el paso que las deshumanizaba.

... En realidad Colón tuvo la desgracia de malgastar la oportunidad que se le presentó de mostrarse más sabio que sus compañeros.

... Apenas ningún otro personaje en la historia del mundo ha aprovechado tan poco lo que la ocasión le ha brindado. Su descubrimiento fue un error; su error fue un nuevo mundo; ¡el Nuevo Mundos su monumento! Su descubridor habría podido ser su padre, pero resultó ser su saqueador. A sus inicios le habría podido conceder la misma bondad que se le supone a un creador, pero dejó una herencia de devastación y actos criminales. Habría podido ser generoso mentor de las ciencias geográficas, pero se quedó en furibundo buscador de oro y prebendas reales. Habría podido ganar conversos a la fe de Cristo gracias a la gentileza de su espíritu, pero

sólo ganó las maldiciones de los ángeles. Como Las Casas, habría podido rechazar la perversidad de sus contemporáneos, pero sólo les dejó como ejemplo una creencia pervertida.²⁶

Las críticas de Winsor a la figura heroica que dibujaba la leyenda de Colón fueron una excepción a finales del siglo XIX, si bien son parte de las primeras que empiezan a resquebrajar el mito. En 1911 Henry Vignaud, *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colom* (París, dos vols.), recoge nuevos materiales de los archivos que abren la puerta a una historiografía sobre el Descubridor, si bien a nivel popular Colón continúa siendo el héroe. En 1942, Samuel Eliot Morison rescata a Colón de la mitología y retrata al genovés como lo que parece haber sido en realidad: un marino del siglo XV. La biografía de Morison, *Admiral of the Ocean Sea*, describe a un Colón que, lejos de ser un santo, sabe manejar una nave con admirable pericia y muestra la valentía suficiente para querer llegar a donde posiblemente nunca antes había llegado nadie. El Colón de Morison es un individuo que se merece la fama que ha cosechado a lo largo de los siglos, modelo de hombre humilde que, gracias a esfuerzos heroicos, cambió la historia. El biógrafo también sitúa a Colón en la encrucijada entre dos visiones del mundo. Y el descubrimiento dentro de la épica del progreso de la Civilización Occidental. Los muchos escritores de la década de 1930 intentaron crear formas que pudiesen relatar la complejidad y alcance de la experiencia norteamericana (Stephen Vincent Benet, John Dos Passos, Thomas Wolfe, Margaret Mitchell, Carl Sandburg). Todos ellos intentaron recrear distintas épocas del pasado norteamericano más que analizar su continuidad con la épica del Oeste. Morison, al escribir en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, hace que su Colón sea el primer transmisor al Nuevo Mundo de los valores de la Civilización Occidental. Hasta este momento, Colón aparece siempre solo, en conflicto con los elementos y las fuerzas humanas de la ignorancia, superstición e indiferencia, más que con otros individuos de igual o diferente voluntad, y sin que ninguna relación humana le distraiga del objetivo que se ha marcado. Es el norteamericano por excelencia, que logra ese ideal de confianza en uno mismo, que lo destaca de los demás y los sitúa por encima en solitario.

Los cambios políticos, sociales y culturales tras la Segunda Guerra Mundial y, en especial, con la independencia de las colonias de los imperios, la visión de la historia cambia. Y desde esta nueva perspectiva, la época del descubrimiento iniciada por Colón deja de ser el amanecer de una época gloriosa en la historia y se convierte en una invasión, en la conquista, y en la terminación de sus propias historias. Colón deja de ser un héroe, deja de ser símbolo del progreso y se reencarna en símbolo de la opresión.

26 Justin Winsor, *Christopher Columbus and How He Received and Imparted the Spirit of Discovery*. Boston and New York: Houghton, Mifflin and Company, 1891, pp. 500 y 505.

De hecho, las celebraciones del Quinto Centenario en 1992 estuvieron definidas por la reinterpretación de la figura de Colón. En contraste con la conmemoración de 1892, 1992 fue testigo de una relectura crítica del encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo. De ahí que el Colón que aparezca en los textos escritos en torno al quinto centenario sea el Colón postcolonial, un personaje que ha perdido la pátina de mito, y al que se le ha despojado del arrojo y optimismo simbólicos, y se le ha expuesto como ser humano con innumerables lacras que dejaron penosas consecuencias. El historiador Garry Wills en “Goodbye, Columbus”, artículo publicado el 22 de noviembre de 1990 en el *New York Review of Books*, declara que ante la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América ha ocurrido una cosa curiosa “a Colón lo han asaltado. Esta vez los indios lo estaban esperando. Ahora llega con cara de pedir perdón, pero para algunos, esa cara no es suficiente... Llega para que le deshonren”.²⁷

La retórica de la historiografía sobre Colón cambió, puesto que el interés ahora se centra en estudiar y juzgar al hombre y sus motivos, y está más llena de reproches que de elogios. Como explica Wilford, el Colón que Winsor había esbozado a finales del XIX, a finales del XX se ha convertido en moda. Ya no se habla de descubrimiento, sino de encuentro, contacto, catástrofe, desencuentro, invasión. Así, por ejemplo, entre los volúmenes publicados, el título del de Francis Jennings, *The Invasion of America: Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest* (1975), habla por sí mismo. Otro, el de Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange* (1972), estudia las consecuencias biológicas del descubrimiento: el intercambio entre plantas y animales entre los dos continentes, la propagación de las enfermedades que resultaron letales para la población indígena, etc. Y, por último, el de Kirkpatrick Sale, *The Conquest of Paradise* (1990), argumenta que Colón fue un cazador de fortunas cuya única herencia ha sido la destrucción de los indígenas y la violación de la tierra que continúa hasta hoy en día.

Ante el quinto centenario, los descendientes de los indígenas norteamericanos y de los esclavos negros traídos al Nuevo Mundo, al igual que aquellos que simpatizan con estas causas mostraron su repulsa por la celebración. De esta manera, Colón, quinientos años después del descubrimiento se ha convertido en símbolo de explotación e imperialismo. El destino de Colón es servir de medida de las esperanzas, aspiraciones, fe en el progreso y capacidad humanas para crear una sociedad más justa. Sus errores, como sus ambiciones y coraje, están fuera de toda duda histórica. Al fin y al cabo, Colón era humano.

En el campo literario, dos son las novelas importantes que se publican inspiradas en Colón con motivo del quinto centenario. El 24 de julio de 1988 en un

27 Garry Wills, “Goodbye, Columbus”. *The New York Review of Books*. 22 November 1992. Puesto en línea el 22/11/92. Disponible en <http://www.nybooks.com/articles/archives/1990/nov/22/goodbye-columbus/>. Consultado el 14/6/2013.

artículo de *The New York Times*, se anunciaba lo siguiente: “La editorial Harper & Row ha comprado por 1,5 millón de dólares una novela sobre el descubrimiento de América por Cristóbal Colón que será escrita en el plazo de dieciocho meses por Louise Erdrich y Michael Dorris... Los autores, que son marido y mujer, son ambos mestizos, y la heroína de esta novela también lo será. Los autores declararon ayer que tienen la intención de dar una sustanciosa parte de los derechos de autor ganados con la novela a varias asociaciones benéficas indias”. En *The Crown of Columbus* (1991),²⁸ un libro oportunista, Dorris y Erdrich quisieron atajar una serie de cuestiones que tienen que ver con la pertinencia o no de la historiografía eurocéntrica sobre Colón. En un principio, la novela puede leerse como un intento por transformar y reescribir de una forma creativa, más que de subvertir o reinventar desde un punto de vista radical, la historia, imaginando o fantaseando sobre la recuperación del diario original de Colón, que se piensa perdido, un hallazgo que podría abrir la posibilidad de que se compensase ahora de manera justa a las víctimas, a los indios, del descubrimiento.

El segundo título destacado es *The Heirs of Columbus*²⁹ del autor indio Gerald Vizenor, quien recurre a un uso postmodernista de las tradiciones tribales y de la literatura para explorar el sentido de la historia como una construcción poética e imaginativa. *The Heirs of Columbus* es una reinterpretación radical e imaginativa de la historia desde la perspectiva india. Vizenor intenta curar las heridas del contacto traumático entre euro-americanos/indígenas a través del humor, de una subversión cómica de lo que ha sido la historia oficial. Y justamente porque se niega a edulcorar esa historia, su texto se convierte en un acto político radical.

En esta reinterpretación subversiva de la historia, Vizenor imagina al Descubridor como un mestizo y cambia el mito de Cristóbal Colón para hacer de él un personaje descendiente de los exploradores mayas que llevaron la civilización por primera vez a los salvajes del Viejo Mundo. En ese mundo, sin embargo, la civilización se degradó y se convirtió en lo que Vizenor denomina “la cultura de muerte”. Colón, portador de “la firma tribal de la supervivencia”, siente la llamada de las “historias de la sangre” y, como refugiado de la cultura de la muerte, realiza una expedición al Nuevo Mundo, no tanto para descubrir América, sino para buscar el regreso a su patria y devolverle los “genes tribales”. A su llegada al Nuevo Mundo, su alma se conmueve, y se liberan las historias de la sangre, ante la visión de Samana, “la sanadora o curandera de oro”, con quien se empareja en un éxtasis de orgiástico, iniciando así una línea de herederos, que 500 años después, intentan establecer una nueva nación tribal soberana. Bajo el liderazgo de Stone

28 Michael Dorris y Louise Erdrich, *The Crown of Columbus*. 1991. London: Flamingo, 1992.

29 Gerald Vizenor, *The Heirs of Columbus*. Hanover: Wesleyan University Press/ University Press of New England, 1991.

Columbus, el portador ahora de la “firma genética” de Colón, se establece esta reserva en un buque insignia en aguas internacionales de la costa estadounidense, un casino flotante donde se celebran bingos y shows de láser y que se llama la Santa María, con un restaurante, la Niña, y una tienda libre de impuestos, la Pinta, que se anuncian a través de las ondas de un show radiofónico nocturno. Los herederos se reúnen cada otoño para recordar “sus historias en la sangre” y reafirmar el poder curativo de éstas sobre “los venenos y placeres químicos de la civilización”. La novela recuerda que “el retorno de la civilización” al Nuevo Mundo significa el inicio de crueldades y brutalidades y, el final de la cultura tribal.

Ante una historia de subyugación y represión continuadas, el individuo tiene dos opciones: puede aceptar la Historia y continuar estando subyugado por la cultura dominante, o puede situarse más allá de las limitaciones de esa Historia convencional. Para escapar de las consecuencias de la historia del conquistador o del colonizar, se ha de olvidar la Historia o cuestionar el hecho fundamental de que la historia es una representación de la verdad. Olvidar el pasado es un privilegio: puede liberar al individuo de un peso, pero también le roba parte de su cultura. Para un indio, en este caso norteamericano, olvidar las guerras, el exterminio que el gobierno de los Estados Unidos llevó a cabo de las distintas poblaciones indígenas puede ser liberador para él puesto que le hace olvidar la carga de un pasado de opresión, pero también puede liberar al culpable de esa opresión y exonerarle de toda responsabilidad.

Gerald Vizenor es un autor preocupado casi obsesionado, con la colonización, como acto destructivo, pero también como acto generador de otra raza, la de los mestizos. Para Vizenor olvidarse del pasado sería negar que una parte de la identidad como nativo americano está construida a partir de una historia de guerras y reservas, de alcohol y desempleo, de estereotipos que continuamente le recuerdan al indio un inalcanzable pasado romántico que no existió, y sí existió, fue experimentado sólo por unos pocos. Por otra parte, Vizenor está interesado en cuestionar el aura que rodea la Historia como representación fidedigna de lo ocurrido y esto lo hace rescribiendo las historias de Colón y los indios. Para Vizenor, los relatos, las historias son “actos cómicos de supervivencia”. Las historias no se pueden matar, no las puede robar ningún gobierno, porque son *símbolos de supervivencia*. De ahí la importancia de la oralidad en la obra de Vizenor. En *The Heirs*, las historias proceden de los huesos de Colón y de Pocahontas (Matoakah), de las reliquias tribales rescatadas de los museos, de Panda y lo biorobots, y de Stone Columbus y su show radiofónico. La novela insiste en que el binomio escritura/oralidad es problemático en su exclusividad y que se ha de destruir, puesto que lo escrito y lo oral son interdependientes. Esto le permite a Vizenor crear un texto postmoderno, fuera de los objetivos totalizadores de las grandes narraciones de principios de siglo XX y de la idealización romántica, igualmente perniciosa, de la nostalgia por lo oral. Al fundamentarse

en lo oral y lo escrito, la novela de Vizenor va más allá del colonialismo y del maniqueísmo victimista.

Las acciones que Vizenor emprende para transformar la historia son las siguientes: Lo primero que hace Vizenor para romper la historia y el poder hegemónico es situar el relato en el presente. Cristóbal Colón se materializa en un personaje marginal pero actual, en la historia de su descendiente, Stone Columbus, quien es a su vez un pícaro cuentacuentos: “Stone es mi nombre... La piedra es mi tótem, mis historias son piedras, piedras tribales... Las piedras guardan en silencio nuestras palabras tribales y el pasado, de la misma manera en que nosotros escuchamos las historias dentro de la sangre y guardamos nuestro pasado en la memoria”.³⁰ Stone es el guardián mítico de las historias. Su hermano, Naanabozho, intenta matarle, pero sólo consigue romperlo en mil pedazos que se esparcen por doquier, con lo que Stone ahora puede oír todas las historias porque se encuentra literalmente en todas partes. El pícaro Stone se convierte en Stone Columbus, o lo que es lo mismo, Stone Columbus es uno de los miles de pedazos de Stone desgajados del original. Dentro de Stone existe la memoria de las dos narraciones culturales, sin embargo, lo que debe simbólicamente recuperar, enterrar e incorporar, aunque no olvidar, son los mitos de la conquista y complicidad, y los cuerpos de Cristóbal Colón y Pocahontas.

Cristóbal Colón, pues, representa tanto al cuentacuentos, del que desciende Stone, y al poder colonial. Y Vizenor, quien curiosamente no utiliza el texto de Irving sobre Colón para escribir su novela, hace que Colón aparezca como un “adept storyteller”. De ahí que se pueda trazar un círculo en el acercamiento norteamericano a la figura del Descubridor: para Irving, Colón es un hombre hecho de palabras, un constructor de nuevos mitos a partir de antiguas leyendas, un hombre descubridor de mundos contruidos a partir de la palabra, (de la imaginación, de la fantasía), un vampiro lingüístico, alguien capaz de vivir alimentándose de la textualidad, de palabras.

The Heirs of Columbus es un ataque despiadado contra la cultura consumista realizado desde la soberanía del reino de la imaginación, donde “el mundo real existe y es recordado únicamente en las historias”³¹ (75). Como resultado, su visión es más transgresoramente imaginativa y, paradójicamente, más realista o verdadera. El objetivo de Vizenor no se limita únicamente a reemplazar una versión de la historia por otra, sino a desafiar al lector para que se comprometa a reconstruir imaginativamente el pasado. Al rescribir la historia ahora dentro del contexto tribal contemporáneo, Vizenor, como los herederos de Colón, realiza un acto significativo de recuperación y repatriación cultural.

¿Seguirán los norteamericanos ocupándose de la figura de Colón? Cuando el

30 Vizenor, *The Heirs of Columbus*, p. 9.

31 Vizenor, *The Heirs of Columbus*, p. 75.

presidente Ronald Reagan firmó en 1988 la proclamación del Día de Colón en la ceremonia celebrada en la Casa Blanca, señaló la importancia de lo que serían las celebraciones del Quinto Centenario, diciendo que “Cristóbal Colón fue el inventor del *American Dream*”.³² No cabe duda, de que a pesar de los poemas, canciones, himnos, novelas que han escrito, los estadounidenses continuarán rindiendo homenaje a quien consideran su padre fundador.

32 Ronald Reagan, “Remarks on Signing the Columbus Day Proclamation”. Disponible en http://www.whatsoproudlywehail.org/wp-content/uploads/2012/11/Reagan_Remarks-on-Signing-the-Columbus-Day-Proclamation.pdf. Consultado el 7/5/2013.

